

## LA CASTELLANA DE CUELLAR.



Gracias, buena mujer, porque me ofreceis la ocasion de señalar el día de mi casamiento con una buena accion.  
 SEGUNDA SERIE.—1866. AÑO XXIV. 31



## EL SOPLO DE LA VENGANZA.

## I.

Habia gran fiesta en el castillo de Cuellar, en la antigua Castilla; acababa de bendecirse el matrimonio de Hernando de Alcolea con la hermosa Blanca de Fernan-Jimenez, tan buena y tan dulce como delicada.

Caballeros, damas y escuderos habian acudido al castillo, en donde se daba un lucido banquete. Hallábanse á la mesa, y bebían sendas copas, y hablaban con mas ó menos ruido, porque era la hora esencialmente expansiva en que la charla de las nobles damas, las apuestas y fanfarronadas de los caballeros y las conversaciones de los pajes y escuderos, se unían al chocar de los vasos, y en el salon del castillo habia tal luz por las muchas lámparas que le iluminaban, que por sus ventanas salían torrentes de luz que iban á apagarse en los altos y negros álamos del parque.

Todo allí respiraba dicha y felicidad.

Habia como un insulto y un reto á la miseria pública en aquella alegría y en aquel festin, celebrado en un tiempo en que era pública la miseria de los pueblos. Parecia un desafío arrojado por el poder diabólico, y el ruido del festin una carcajada infernal traducida en todos los tonos, en las brisas del jardin, en las flores del parterre, en los murmullos de las fuentes y hasta en el rechinar de las veletas de las almenadas torres del castillo.

Era la época de don Juan II, época de turbacion y de guerras civiles, en que los rico-homes se atacaban unos á otros, y se destruían robando y talándolo todo. Hacia un año justo que el conde Hernando de Alcolea habia recorrido con su mesnada aquellas tierras, asolando la cabaña del pobre y asaltando los castillos de sus vecinos.

Cuando estaban en lo mas grato del festin, sin que nadie la hubiese visto llegar, una mujer se presentó en el pórtico del salon cubierta de harapos y con dos criaturas pequeñas, una de las cuales llevaba al hombro y la otra de la mano. Aquella pobre mujer, en la que todavia á pesar de los trabajos y de los harapos que la cubrían, se distinguían hermosas y juveniles facciones, y noble apostura y gentileza, parecia mas bien disfrazada con su miseria, aun cuando iba de castillo en castillo tendiendo la mano para pedir una limosna. Y cuando llegaba cubierta de polvo bajo su doble peso, encorvado su cansado cuerpo, un brutal escudero la arrojaba sin piedad del castillo; empero ella se obstinaba, y con la cabeza baja y los ojos llenos de llanto, midiendo el camino, repetía: «Dejadme sentar, porque estoy cansada; dad á mis hijos pan, porque tienen hambre.»

Aquella mujer repitió á la puerta del castillo de Alcolea esta frase, y habiéndola visto la hermosa y jóven Blanca, salió á su encuentro abandonando el salon y brillando en sus ojos la santa caridad.

—Permitidme, dijo al conde alzando los ojos al cielo, que á esta pobre madre yo le dé un poco de oro y que alivie su miseria y la de sus hijos.

—Bella y noble castellana, la dijo la pobre fingida con voz doliente y dirigiéndose á la hermosa esposa del conde, vengo á implorar vuestra caridad; es muy tarde, mi alforja está vacía y me queda que hacer un largo camino; no me rehuseis las migajas de vuestra mesa, ni un poco de paja para poder reposar con estas tiernas criaturas.

Blanca, á pesar de que los ojos de aquella mujer, brillaban con un siniestro resplandor, era demasiado inocen-

te y sencilla para ver en todo esto mas que una miseria que consolar, y así respondió:

—Gracias, buena mujer, porque me ofreceis la ocasion de señalar el día de mi matrimonio con una buena accion; así, pues, mirad el castillo como vuestro, y vivid en él todo el tiempo que querais, porque eso creo que nos dará buena suerte.

—Así sea, respondió la mujer, y se oyó reir todavia el viento en las hojas y en el agua de los estanques..... ¡la risa del demonio de la venganza habia entrado allí!

## II.

Después del banquete, después de la alegría, llegó la hora del baile. Todos los trovadores de Castilla, que se habian allí reunido, entonaron sus alabanzas para celebrar aquellas bodas, en donde habian sido tratados á cuerpo de rey. Blanca y Hernando sobre todo, segun la costumbre, hacia largo tiempo buscaban la ocasion de hablarse, aun cuando no tuvieran nada que decirse. Un baile da libertad para ello, y es el aislamiento en medio de la multitud. El cielo estaba estrellado, y el aire todo respiraba voluptuosidad. Era una de esas noches transparentes, tranquilas, tibias y sensuales, como una noche meridional. La orquesta sonaba armoniosamente en medio de aquella hermosa reunion, cuyos grupos á su llamada se reunieron, y comenzaron los bailes.

Pajes con las armas del señor del castillo cruzaban por aquellos salones con bandejas llenas de conservas y refrescos.

La mujer que habian acogido en el castillo llevaba en una bandeja de purísimo oro la copa del himeneo. Era uso de que se presentase á la novia, la que después de haber bebido parte la entregaba á su futuro esposo, ingenioso simbolo de union que ya no se practica en nuestros días.

—Señores míos, dijo la mujer que habian recogido en el castillo llegándose respetuosamente á Blanca y á Hernando, voy á ofreceros yo misma la copa de la felicidad. No puedo de otro modo mostrar mi reconocimiento.

Mientras los dos esposos apuraban el licor con precipitacion, pues tenían mucha sed á causa de haber bailado mucho, la mujer espiaba sus menores movimientos con una atencion y una ansiedad sin igual.

Apercibiéndose de ello Hernando y se quedó pensativo. Los presentimientos que nos sorprenden en medio de una fiesta y de los placeres no se engañan jamás.

El baile fué perdiendo gradualmente su ardor. La orquesta calmó sus tempestades y se fundió en una melodia lánguida y perezosa.

Aquel deslumbrador torrente de pedrerías y de mujeres se deslizó cual en una límpida sábana de agua: para mejor decirlo, el baile se terminó, se extinguió como una brisa, se apagó como un eco, murió.

## III.

La emocion mas extraordinaria para una jóven, es el pisar por la primera vez conducida por su esposo la alcoba nupcial. ¡Cuál sus ojos revelan su alma! ¿No notais esa excelente mirada, esa apagada sonrisa, esa voz quebrantada, esa aptitud negligente é inquieta? Para ella es uno de esos momentos eléctricos y profundos, cuyas impresiones tienen una reaccion sobre toda la vida. Es aquel momento que tanto ha deseado, que ha hecho languidecer sus ojos; que



ha enflaquecido sus mejillas cuando inclinando su talle se estremecía de amor su corsé; es aquel momento que doraba con su imaginación sus largos ensueños, es aquel momento que se pintaba con tan brillantes y ardientes colores, cuando vagaba por la noche bajo los álamos del jardín indiferente á todo, y ahora que ha llegado este momento que ansiaba, lo teme y cuando sonríe, tiembla.

Eran las dos de la noche; Blanca se hallaba sola con Hernando; sentía en aquel instante, aquella indefinible emoción de que acabamos de hablar, y que no basta el talento humano á definir, y que podría llamarse como lo ha hecho un excelente poeta, el estremecimiento nupcial....

Hernando había olvidado casi el horrible presentimiento que al fin del baile había sentido al oír las palabras de aquella mendiga que había recogido en el castillo.

Era feliz; iba á estrechar entre sus brazos á la hermosa Blanca que debía asegurar su felicidad. Buscó los labios de Blanca y se hallaban fríos; abrió repentinamente los brazos, empero Blanca le dió por toda respuesta una mirada descolorida; una sonrisa convulsiva; después cayó sobre su pecho, muéllé, flexible, como una espiga tronchada por el arado.

Hernando la cogió; quiso llevarla sobre su lecho, empero él mismo sintió flaquear sus rodillas; cerrarse sus pupilas y tuvo miedo.

Apenas tuvo fuerza de depositar en el lecho su preciosa carga.

Cuando se volvió, una mujer se hallaba allí derecha delante de él, inmóvil como un mármol; era la mendiga, pero se hallaba transfigurada.

—¿Todavía estás ahí? exclamó, pájaro de mal agüero.

—Sí, todavía; replicó con una voz sepulcral, arrancándose sus cabellos que parecían antes blancos, dejando ver bajo de ellos una abundancia de rizos negros, y enderezando su talle firme y vigoroso, antes débil y encorvado:

—¿Quién? ¡Leonor de Ramirez! ¡Maldición! y al mismo tiempo quiso ir á coger su espada.

—Deja ahí tu espada..... tú ya no eres de este mundo.

Y en tanto que Hernando luchaba contra los ataques del veneno y la desesperación, Leonor se aproximó á él para que mejor pudiese oírle, y le dirigió con feroz alegría estas sarcásticas palabras, cual si moviera y removiera un puñal en el pecho de su víctima.

—¿Has olvidado, le dijo, que hoy mismo justamente hace un año, día por día y hora por hora, en que tú con tu mesnada y tus sayones, acometiste el castillo en que yo moraba contenta y feliz con mi padre y con mi esposo? Has olvidado, que, abusando de los desórdenes de la guerra y de las prerogativas de la victoria, no tuviste para nosotros ni compasión ni merced? ¿Has olvidado aquellos implacables juramentos de venganza que yo mezclé á tus impúdicas blasfemias de amor?.... pues bien; de eso hace un año justo; un año día por día, hora por hora..... yo he venido á celebrar aquí su aniversario; estoy vengada!!!...

Al día siguiente todo era confusión y desolación en el castillo; á la alegría de una boda, había sucedido el duelo de un entierro.

En medio de la confusión había desaparecido la fingida mendiga, sin que nadie hubiese reparado en su falta, y sin embargo á su presencia se debía toda la catástrofe.

La venganza había soplado sobre las antorchas de himeneo y las había apagado con su sople fatal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## IRENE PALEÓLOGO.

(Conclusion.)

### IV.

Satisfechos, pero no cansados de haber puesto en libertad en poco mas de dos años unas provincias donde los mas famosos generales del antiguo pueblo romano ejercitaron su valor por largo tiempo contra la pericia de Mitridates, esperábamos sosegados percibir la corta paga escriturada con el emperador al venírnos á su servicio, ya que no fuese posible recompensar hechos tan señalados, bastantes á ilustrar un siglo entero. Con este objeto partió Roger á Constantinopla, y dando cuenta á Paleólogo de la situación de los países reconquistados, concluyó por suplicarle librase cantidad suficiente para hacer un pago general, medio seguro de acallar las murmuraciones que ya empezaban á dar cuidado, segun lo frecuentes y desentonadas que circulaban de uno en otro alojamiento. Contestóle el emperador con palabras falsas y desleales, ponderando lo justo de la petición y prometiendo satisfacerla en breve plazo de la manera mas cumplida, aunque meditando en su interior alguna traza indigna de faltar á lo estipulado. Por esta razón los ministros de su hacienda ocultaban el dinero con anuencia de su amo, y siempre andaban discurriendo medios y arbitrios para dilatar la cobranza. Al cabo, forzado de la necesidad, dispuso Andrónico entregar la moneda falta y menoscabada en una tercera parte de su valor. No pasó el engaño desapercibido; mas cuando sosegada la gente á duras penas, trataron los catalanes y aragoneses de pagar á los huéspedes griegos, rechazaron estos el metálico que les ofrecían, tomando así las disensiones y tumultos unas proporciones alarmantes, atizadas por los genoveses y demás enemigos de nuestra nación, á la que pintaban como una banda de foragidos y desalmados que acabarían por apoderarse del imperio griego si no se acudía con mano fuerte á esterminarlos.

A esta sazón se acercaba el tiempo de volver á comenzar la guerra, y deseando Roger avistarse con el emperador Miguel, hijo de Andrónico, que también llevaba el mismo título, para tratar algunos asuntos relativos á la próxima campaña, determinó pasar á visitarle á la ciudad de Andrinópolis, donde aquel se hallaba con un poderoso ejército. En vano advirtió á nuestro caudillo su esposa Maria, sobrina del emperador, desconfiase de la perfidia de su primo; le hizo conocer la envidia que devoraba su corazón al verle adornado con el título de César y al frente de aquellos hombres invencibles: nada fué bastante á separar al héroe desgraciado de la pendiente fatal por que le arrastraba su destino: ni aun las súplicas de todos los principales adalides convocados á instancia de su joven consorte, fueron bastantes á conmovérle.

Resuelta ya la partida dispuso Roger fuese acompañando á Maria el almirante Fernando Aones con cuatro galeras hasta Constantinopla, mientras él seguido de trescientos caballos y mil infantes, dejando en su lugar á Berenguer de Entenza, caminaba la vuelta de Andrinópolis, donde había de cumplirse el fin y castigo de su vida, sin que le valiese para evitarle el buen discurso que siempre tuvo en todas ocasiones.

Permitid, señores, que ajustando alguna tregua con mi



dolor, pase de corrida las infames escenas de un acontecimiento que aun á tantos años de distancia desgarran mis entrañas al recordarle. Solo diré que recibido Roger con aparente cordialidad por el emperador Miguel, obsequiado cual á su elevada clase é inmediato parentesco era debido, fué por último convidado á un festín espléndido, con objeto de honrar su despedida, la víspera del día señalado para retornar á Galipoli.

¡Oh caso por cierto indigno de quien tiene obligacion y nombre de príncipe! ¡Oh falacia griega, sin igual entre todas las naciones desde los tiempos fabulosos! Raza perversa y sutil, que ahogaste los grandes varones que produjo tu suelo porque no pudieron avenirse á tu culto supersticioso, tus costumbres criminales y tu refinada malicia: cuando las naciones salvajes vengan á hollarte la cerviz, te acordarás en vano de los hombres esclarecidos á quienes alejaste con negra ingratitud.

Acabemos pronto diciendo que hallándose á la mesa el César Roger gozando de la honra que los emperadores le hacían, entró de improviso en la cámara Jorge, capitán de la guardia de alanos con muchos de los suyos, y embistiéndolo al desarmado huésped le atravesó por la espalda de una estocada, sin que le valiese acogerse al regazo de la misma emperatriz, donde despues de causarle otras muchas heridas con ayuda de sus parciales, le cortó la cabeza dejando el tronco destrozado entre las viandas y mesa del príncipe, que debió juzgarse asilo sagrado y prenda segura de amistad, y no sitio y lugar acomodado donde recibiese la muerte un capitán pariente suyo á quien tan señalados servicios se debía.

Sin darse los alanos por satisfechos con la muerte de Roger, acometieron al mismo tiempo á todos los de nuestra nacion que se hallaban en su compañía, despedazándolos de atroz manera, saliendo en seguida por los campos y aldeas inmediatas á la ciudad, degollando á cuantos catalanes y aragoneses pudieron encontrar, que había muchos alojados en aquellos alrededores, viviendo con el descuido natural de quien nada recela de gente amiga.

Prosiguiendo Miguel en la idea de acabar con todos nosotros, mandó al gran primiciero fuese sobre Galipoli con todo el grueso del ejército, antes que los espedicionarios sabiendo lo acontecido viniesen á combatirle. Pronto la caballería ligera entrando por los casales del arrabal, comenzó á pasar al filo de la espada á cuantos españoles pudo encontrar sin prevencion. Las voces y gemidos de los que inhumanamente herían y mataban, dieron aviso á los mas retirados, y por otra parte la codicia de los invasores que ocupados en el robo alojaban en la matanza, también dió lugar á muchos para guarecerse en la ciudad y dar el grito de alarma entre sus compañeros. Llegó la noche y con ella algunos nuevos fugitivos, que solo pudieron dar noticia de que dentro de sus alojamientos habían sido acometidos de gente militar.

En medio de la confusion del caso supose por último el asesinato de Roger y universal estérmino de los catalanes y aragoneses en Andrinópolis, como así mismo el que por orden de Miguel estaba ejecutándose en la comarca de Galipoli. Arrebatados de furor con estas noticias desahogaron su rabia los catalanes en los griegos que pudieron haber á las manos, determinando luego fortificar el arrabal y salir al encuentro del enemigo, que en número de treinta mil infantes y catorce mil caballos llegó al pié de las murallas amenazándonos con un lastimoso fin.

Había entre los capitanes que acompañaron al César uno

llamado don Pedro de Luna, á quien yo estaba obligado mas especialmente por el interés que manifestó en mis adelantos desde los primeros pasos que di á su lado en la carrera de las armas. Sin perder momento traté de averiguar la suerte que le hubiera cabido en la desgracia comun, y preguntando á varios de los pocos libertados de la catástrofe, pude saber, que perseguido por calles y plazas á modo de fiera desatada, había con otros tomado refugio en una casa donde despues de obstinada defensa tuvieron que rendirse, aunque bajo palabra solemne de conservar las vidas. Todos me aconsejaban que diese por muerto al cumplido caballero, pues era locura imaginar que soldados tan ruines como los griegos respetasen un contrato de honor; pero no quise abandonarme al desaliento y desde aquel punto determiné aventurar la vida por salvar la de mi querido capitán.

Llevando en el pecho una venerada imagen de Nuestra Señora, á quien me encomendé con todas veras, en paz con mi conciencia, seguro del buen temple de mi acero y disfrazado con el vestido de un soldado masajeta, de los asalariados por el emperador, emprendí el camino de Andrinópolis, donde llegué á través de las guardias enemigas á fuerza de mil ardidés y estratagemas.

Como los ejércitos griegos son un compuesto de gentes de todas las naciones, pude penetrar en la ciudad de noche sin infundir sospechas, tomar lenguas é informarme de que los prisioneros habían sido encerrados en una torre del palacio, donde se hallaban condenados á morir de hambre. El suplicio había comenzado á cumplirse. ¿Entendeis, ilustres próceres? ¡De hambre se hacia perecer á los esforzados salvadores del imperio!

Sin saber que determinacion tomar, aunque resuelto á poner en juego cualquier medio desesperado, dirigí mis pasos hácia el alcázar, en cuya plaza celebraban los enemigos de nuestra patria una horrorosa orgia en torno de los cadáveres sangrientos de nuestros jefes y compañeros. El emperador y su esposa asomados á las ventanas escitaban la intemperancia de sus guardias prometiéndoles mayores recompensas al completarse la destruccion de todos nosotros. Los demás frentes del edificio estaban solitarios y tranquilos: unos centinelas dormitaban apoyados en sus largas picas, otros impacientes por tomar parte en la bacanal renegaban de su mala fortuna. El ángulo donde sepultados en vida perecían lentamente los héroes de tantas campañas, se presentó á mi vista negro, silencioso, como pidiéndome remedio ó reclamando espiacion. Al cruzar por delante de las habitaciones de la emperatriz, un turcople (soldado turco convertido) que vigilaba en aquel sitio, me detuvo para decirme:

—Masajeta ¿ha comenzado el reparto de las presecas cogidas á los catalanes?

Esta pregunta fué un rayo de luz que iluminó mi entendimiento.

—Y tanto como ha dado principio, le contesté con aparente indiferencia, y también la distribucion de sendos cequies de buena ley. Mira, añadió, sacando de la escarcela un puñado de monedas: me parece que no puedo quejarme.

Quedóselas mirando con avidez, sin encontrar términos hábiles de traducir su pensamiento, hasta el punto que juzgué conveniente acudir á sacarle de su embarazo.

—Y tú, le dije, ¿vas ha pasarte aquí la noche papando viento, en tanto que los demás hierran la bolsa perfectamente y refuerzan el vientre de lo lindo?

—¡Eso no, voto á los cuernos de Satanás! exclamó hincando en tierra el regaton de la pica con toda su fuerza,



seré capaz de abandonar el puesto con tal de no sufrir que se burlen de mí. Pero si tú quisieras podría sin correr peligro ninguno....

—Vamos, acaba ¿qué deseas haga en obsequio tuyo?

—Quedarte en mi lugar mientras voy á recibir lo que me corresponde.

—Si prometieses volver pronto.... y no ser desagradecido.... porque ya ves, el favor puede salirme caro.

—¡Ah! por eso no tengas cuidado; será cosa de un cuarto de hora nada mas lo que tarde en ponerte en la mano dos escudos de oro.

—Pues ea; marcha ligero y vete por la izquierda, evitando la puerta de las caballerizas, donde tus jefes se hallan reunidos.

Apenas le vi á distancia conveniente, afianzando el puñal entre los sillares conseguí escalar el zócalo del edificio, y desde allí agarrado al antepecho de una de las ventanas salté dentro de las habitaciones. Estaban desiertas: la turba de palaciegos las había abandonado para disfrutar el placer bárbaro de gozarse en contemplar los miembros destrozados de los catalanes y aragoneses.

Con paso de zorro y el corazon rebotando de hiel, empecé á discurrir por los departamentos en busca de un escondrijo á propósito donde ocultarme á esperar ocasion propicia de realizar mis intenciones, que no eran otras que sorprender solo al emperador, obligarle á firmar la orden de libertad para los presos de la torre y dejándole maniatado y con mordaza, correr inmediatamente á poner en salvo á don Pedro de Luna y demás sentenciados. Había sido testigo de hazañas tan estupendas que miraba la presente como fácil de llevar á remate, y de no conseguirlo, determinado tenía morir matando, porque no dijese la fama que tuve de temerario lo que me faltó de resuelto.

De una en otra cámara vine á dar junto al lecho imperial, segun los atributos que advertí le decoraban: á su lado se hallaba otro mas pequeño. Descorri las cortinas tratando de reconocer el sitio, pues no queria pasar de allí. El silencio era tan profundo que pude percibir claramente una igual y queda respiracion entre las finas ropas de la pulida cuna: fijé mi vista, aparté los cendales y se ofreció á mis ojos un hermosísimo niño sumido en inocente sueño. Por un movimiento involuntario volví á la vaina el cuchillo que llevaba desnudo, y al considerarme iracundo y sediento de sangre ante aquella aparicion angelical, sentí subirme el rubor á las mejillas cual si me hallara en el último día á la presencia de todas las generaciones.

Mas no por eso quise cejar en mi determinacion, antes bien juzgué haber encontrado medio de realizarla con mayor seguridad. Saqué de nuevo el agudo puñal y con su punta escribí en el mármol de una mesa la siguiente advertencia de modo que se notase á primera vista: — «Martín Heredia, el almogavar, hará sufrir al hijo del emperador, la misma suerte que padezcan don Pedro de Luna y los que yacen aprisionados con él.»—(Debo manifestar á vuestras señorías que aprendí el arte de escribir con los caballeros del Templo.)

Hecho esto cogí en mis brazos á la cándida criatura, corri con ella hasta la ventana, donde llegó risueña creyendo juego la precipitacion con que la separaba del trono para ponerla á merced de una tropa de aventureros, y asegurándola á mi espalda con el ceñidor del sayo, volví á descolgarme y sin contratiempo pude llegar á Galipoli, ufano con la presa y esperando cange ventajoso de tan importantes rehenes.

Con efecto, á la mañana siguiente llegó un prisionero catalan portador de una larga epistola de Miguel y su esposa en la que me ofrecían grandes tesoros como rescate de su hija Irene, pues era infanta la que juzgué príncipe. En cuanto á la devolucion de los sentenciados era imposible verficarla. Aquella misma noche, enloquecida por el vino la soldadesca y el populacho, fueron á sacarlos de la cárcel, los arrastraron á la plaza y allí acabaron con su vida despues de haberles hecho blanco de los ultrajes mas soeces.

Desesperado al recibir estas nuevas no quise volver á escuchar proposicion alguna de los emperadores, reservando la niña en poder mio como el único medio de imponer castigo á la perversidad de aquellos, dejando clavado en su alma el recuerdo de la fecha terrible de su inhumana traicion con la incertidumbre del paradero de la princesa.

Nunca se me ocurrió la idea de causarla el menor disgusto; antes al contrario, solo en el mundo, sin familia ni mas hogar que los fuegos del campamento, fué para mí desde los primeros días un ángel consolador en medio de la violenta agitacion producida por las rudas escenas de la guerra marítima y terrestre. Nadie pudo informarla de su origen, pues antes que hubiese tenido edad para combinar un pensamiento serio la traje conmigo á Zaragoza, despues de haber cumplido como bueno castigando la perversidad de los griegos en union de mis compañeros, de una manera tan completa que dejará memoria por todo el resto de los siglos. Tuve cuidado lo primero de hacerla bautizar segun el rito de nuestra Santa madre la Iglesia Católica Romana, apartándola de los errores cismáticos de su familia; la enseñé á respetar la memoria de su madre, aunque sin revelarla su nombre, y el adoptarla cual hija mia fué por tener con ella suficiente fuerza moral para encaminarla por el bien y disfrutar la inocente delicia de su cariño, enfermo actualmente de achaques de vanidad que yo he suscitado á costa de un sacrificio penoso.

Hé aquí las pruebas irrecusables del estado civil de Irene. Estas son las cartas en que los emperadores confiesan haberles sido arrebatada y la reconocen por hija suya. A la primera va unida la mitad de una cruz de rubies que la niña tenia colgada al pecho en el momento de su rapto y que yo parti en dos pedazos. El resto debe conservarse en el tesoro imperial.

Espero satisfecho que la cristiandad de tan honrados arbitadores sabrá conceder á mis palabras la importancia que no he podido darles; y si tal vez parecen demasiadas, ruego á vuestras señorías adviertan la necesidad de poner en claro las circunstancias imperiosas que me obligaron á buscar una represalia legitima, sin llevar en ello mira interesada de ningún género.

Calló Martín Heredia, y despues de reflexionar maduramente á puertas cerradas, acordaron los compromisarios de comun opinion, reconocer como legitima la calidad de Irene Paleólogo, sin perjuicio de atenerse al parecer de la corte imperial, para resolver en definitiva y tributarla todas las consideraciones debidas á su alto rango.

Uno de los infantes precedido por un heraldo, fué aquella tarde á la humilde casa donde vivía la princesa, y la invitó á trasladarse al palacio real para ser asistida en él hasta recibir contestacion de sus padres á la embajada extraordinaria que se les mandó dándoles cuenta del suceso.

Como ya lo restante de la historia ofrece poco interés concluiremos brevemente.



Regocijada toda la familia cesárea con el hallazgo de la niña perdida, cuya identidad no pusieron en duda, aderezaron una vistosa escuadra que fuese á recibirla al puerto de Barcelona, otorgando permiso al conde Garcés Urrea para seguirla hasta Constantinopla, donde se celebrarían las bodas. Cuatro galeras del reino de Aragón acompañaron por mas decoro á la imperial armada: en una de ellas iba Martín Heredia, separado de su querida Isabel, pues no permitió hacer la travesía bajo el pabellon griego. Al desembarcar en la antigua Bizancio, él fué de los primeros que saltando en un pequeño esquife acudió á despedir á Isabel.

—¿No subis, Martín? le dijo esta desde la escalera del muelle.

—Seria imprudente, señora, renovar cuentas atrasadas con pagadores de mala fé, ya que una vez se las ajusté á mi sabor.

Y diciendo así la saludó con respeto volviéndose de espaldas para ocultar su emocion.

Algun tiempo despues sabemos por un viejo manuscrito, que vivia en Zaragoza á cubierto de la miseria, gracias á la munificencia del rey don Jaime. Con respecto á la infancia siempre miró como injuria la recordasen el pundonoroso almogavar arruinado por complacerla y á quien debió cuantas ideas sanas pudo conservar en la corrompida corte del Bajo Imperio.

DIONISIO CHAULIÉ.

## EL DIA DE TODOS LOS SANTOS.

EL PRINCIPAL CONSUELO DEL ALMA, ES ACORDARSE FRECUENTEMENTE DEL QUE AMA.

La festividad de Todos los Santos nos hace recordar tan viva y tiernamente, que quizás no haya una persona adulta por insensible que sea, que no se encuentre conmovida.

A juzgar á la mayoría por lo que siente mi corazón, comprendo que son tan fuertes los afectos que impresionan estos dias el alma, que es necesario hacer esfuerzos con frecuencia para separar de nuestra memoria á aquellos pensamientos que mas nos exaltan y conmueven.

La idea del cielo y el recuerdo de los que padecen; esto es, lo mas grande y sublime, y lo mas tierno y triste, ocupan sin cesar nuestro espíritu; no obstante, ser muy débil en general nuestra fé; pues de otro modo, no se comprende como la criatura no siente á cada paso, aquellos estremecimientos de gozo, de entusiasmo divino en la meditación de la célica morada, de aquella mansion suprema de felicidad y de gloria, que Dios tiene para sí y sus escogidos.

Generalmente, el recuerdo de la corte celestial, ni de las personas queridas que puedan estar allí, no nos ocupan tanto como las que suponemos se hallan purgando sus faltas. Prueba que el corazón siente mas con el que padece que no se alegra con el que goza. Sin embargo, recordemos primero á los que se encuentran en ese cielo tan grande como el infinito, tan magnífico como obra de Dios, tan

eterno como las almas; en donde todos los espíritus gloriosos, y hasta los cuerpos algun dia, conseguirán sin fin la suprema dicha, todo cuanto el entendimiento mas penetrante y luminoso del bienaventurado es capaz de conocer, sentir y comprender en presencia de Dios, Sumo bien, Bondad infinita, Hacedor Supremo de cuanto existe y pueda existir.

La criatura en esta vida, por mas ilustrada, ferviente y comprensiva que sea, no puede formar idea exacta, ni aun aproximada, de aquella mansion divina.

El apóstol San Pablo nos dice de su elevacion, que, «ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni la inteligencia del hombre es capaz de alcanzar lo que Dios tiene reservado á los que le aman.»

Leed el libro de las revelaciones de San Juan Evangelista, y elevad con su lectura vuestro espíritu á ese trono de Dios.... donde vereis tambien lo mas próximo posible á la Inmaculada Maria, iluminada con el sol, la luna á sus piés, coronada de estrellas, y millones de millones de espíritus angélicos, de bienaventurados y las doce tribus de Israel, cantando sin cesar las divinas alabanzas á la Santísima Trinidad, á la Madre de Jesucristo.

El Evangelista, en el Apocalipsis, nos da la idea mas grande y sublime de la casa de Dios, y nos hace temblar del poder y aparato de la venganza divina, en su historia hasta la agonía del mundo.

Otros muchos santos han sido favorecidos en sus contemplaciones y éxtasis dulcísimos con imágenes, destellos y visiones gloriosas. Pero ¿á qué recordar mas lo que el cristiano debe saber y nunca olvidar? ¿Puede ignorar nadie la existencia del cielo? ¿No ven todos, aun prescindiendo de la fé y de la religion, lo que tienen delante de los ojos? La persona mas abandonada, la que se ocupe menos de lo que mas la importa, ¿deja por ventura de mirar la inmensidad y brillantez de lo que hay sobre su cabeza?

Juzgando piadosamente, no debemos pensar que haya una alma tan insensible, tenaz é incrédula, que no se sienta conmovida al fijar su mirada y contemplar el astro luminoso del dia. De ese sol, que, á millones de leguas de distancia, nos deslumbran sus rayos; y en los crepúsculos de la aurora y de la noche, inunda nuestra alma de impresiones dulcísimas y elevadas; trasportes de fervido entusiasmo por tanta magnificencia y hermosura, poder y grandeza con que el Omnipotente enriqueció sus obras.

Tambien, ¿qué no podemos admirar durante la noche? ¿Hay nada que pueda compararse en sublimidad y grandeza con la bóveda estrellada? Seguramente que no. La criatura sensible, si reflexiona bien, no puede menos de estremecerse de admiracion; de elevar su espíritu á Dios, y adorarle continuamente por tantas maravillas. El firmamento con todos los cuerpos que en sí contiene, ora opacos, ora luminosos; y la luz que recorre todas sus órbitas, arrebatada de entusiasmo y hace enmudecer nuestra lengua; pues el delirio de los sentimientos grandes, parece apoderarse de nosotros al quedar deslumbrados por tantos atractivos. ¿Y qué hace la criatura en ese caso? Adorar, bendecir, suplicar, rogar al Dios de las misericordias no nos prive habitar tan escelsa morada.

¡Oh dia de Todos los Santos! Yo os saludo, criatura indigna, en vuestra mansion eterna, y deseo vivamente lo hagan tambien todos los demás fieles.

Rogad por nosotros hasta que consigamos vuestra dicha; y hoy, con especialidad, interceded por las almas que



padecen los tormentos de la purificacion, de cuya memoria nos ocuparemos ahora.

#### EL DIA DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es de dolor para el corazon y el alma, verdadero martirio para el espiritu, cuadro terrible de desolacion que se presenta á nuestra vista, escena desgarradora, pues todo lo que se ve son lágrimas y luto, todo lo que se oye son ayes, tristes cantos y lamentos, y todo lo que se recuerda obliga á sentir al hombre mas indiferente, disipado y egoísta. Efectivamente, mis caros lectores, por poca fé que tenga la criatura no puede menos de estremecerse en este dia de sollozos al recordar cuál será la suerte de aquellas personas queridas que ha perdido en su familia, en la amistad y en el conocimiento. Nadie puede prescindir, aunque quiera, de su conciencia, de sus sentimientos y afecciones. Mientras el hombre exista en la vida Dios le hará sentir, con mas ó menos frecuencia, los efectos de su gracia; y la idea de la muerte, de que todo acaba con ella, es capaz de estremecer á la criatura mas mala y disoluta. He ahí una de las causas por qué el sentimiento de estos dos dias es universal. Nuestro corazon siente la pérdida, ora de una madre, de una esposa, de un hermano; los padres la de sus hijos, y muchos, muchísimos, lamentan la de toda clase de parientes y amigos. Hay sentimientos tan vivos que no se pueden espresar, y solo el dolor profundo de tantos espíritus abatidos sale á raudales por los ojos, pues ya es sabido que el llanto es un desahogo para los grandes pesares. ¡Qué misterioso es el corazon! El dolor parece alimentarse con el dolor mismo, pues solo así se explica el afán de muchas gentes á visitar aquellos sitios, cuyo aspecto aumenta la realidad de los recuerdos, y entregándose allí á todas las efusiones y ternuras del alma, agotando, por decirlo así, todas las fuentes del sentimiento.

En todos los casos, y muy especial en las grandes aflicciones, tiene el hombre que acudir á Dios para hallar consuelo que suavice los dolores de su espíritu y sosiegue los tormentos de su corazon, pues su gracia divina dulcificará todas las situaciones de la vida por amargas que sean.

No hay que olvidar que la resignacion cristiana puede servir de mucho para los que sufren en la otra vida, y de un mérito extraordinario para todos los que la tienen. El ofrecer cuanto se padece, ora en obsequio de Dios, ora en sufragio de las ánimas del Purgatorio, es un bien incalculable.

No quiero estenderme en lo que se ve y oye de profano en las grandes ciudades y córtes al visitar los cementerios, pues la mayoría de los fieles asisten allí con aquel recogimiento, veneración y respeto que siempre debe acompañar al verdadero creyente. También debemos suponer que esas lágrimas vertidas, en su mayor parte, no es por la pérdida material de nuestros allegados: ese dolor intenso de una madre, de una esposa y de un hermano, no es producido tanto por el cariño á sus vidas como por la suerte de sus almas.

Antes de concluir este artículo me permitireis diga algo de los adornos, coronas, cintas y epitafios con que se cubren los panteones y nichos, pues los verdaderos fieles prescinden generalmente de todo alarde vano: saben que la sencillez y humildad debe acompañar á los que ya no existen. Alguna pequeña inscripcion como recuerdo á la memoria del finado, merecia por ventura la censura que

ese lujo y aparato y esa ostentacion en la nada?.... Estoy persuadido que no, sin embargo de conocer que la intencion es la que hace bueno ó malo el espíritu de las cosas.

Roguemos, pues, con devocion por los fieles difuntos, y apartemos los ojos de la vanidad y locura.

IGNACIO SAGASTA.

## SAN EMILION.

#### LOS ULTIMOS GIRONDINOS.

En uno de mis muchos viajes por Francia, al visitar yo uno de los pueblos del departamento de la Gironda llamado San Emilion, paseándome, procuré enterarme de la historia de aquel pueblo, para lo que me valia de personas que estuviesen bien enteradas de todo.

Para esto esta vez, pude entablar conversacion con un anciano de cabellos blancos que estaba en el paseo y que era nada menos que el cura del pueblo. Despues de los preliminares de una conversacion amistosa:

—Vd., me dijo, espera que yo le cuente la historia de San Emilion desde su fundacion, cómo ésta ciudad fué tomada y vuelta á tomar y veinte veces saqueada por Luis VIII, los ingleses, Carlos VII, los protestantes y los católicos. Esta historia data de muy alto y sin subir hasta su origen, hay un hecho moderno del que voy á hablar á vd., pues que yo he sido testigo de la muerte de los girondinos, en la revolucion francesa.

A estas palabras, yo hice un movimiento, y el anciano leyó mi sorpresa en mi mirada, y continuó sonriendo, con una sonrisa dulce y melancólica.

—Qué quiere vd.; tengo setenta y cinco años, y entonces tenia diez: soy un viejo; entonces era un niño; pero semejantes hechos dejan siempre en la memoria una impresion y honda huella, que no bastan á borrar todos los años de la vida.

Pues como iba diciendo, en los últimos meses de 1793, una barca de pescadores llegó á un pequeño puerto de la Gironda, á los alrededores de Burdeos, con siete hombres que se habian escapado del cadalso revolucionario. Estos hombres eran Barbaroux, Buzot, Guadet, Louvet, Petion, Salles y Valady.

Espiaban por el destierro y bien pronto por la muerte, el crimen de no haberse atrevido á oponerse á los terribles decretos de Convencion. Llegaban de Normandía y de Bretaña, escapándose con gran trabajo á los agentes de la república, atravesando por enmedio de una escuadra de veinte y dos navios de guerra, sin ser reconocidos.

La Gironda era la tierra de salvacion; al menos así podian ellos creerlo. A pesar de los esfuerzos de Talien y de Isabeau, el partido federalista tenia todavía en Burdeos poderosas raíces.

El cuñado de Guadet habitaba en Bac Ambes, su padre en San Emilion, y cada uno de los refugiados, contaba en el departamento con un buen número de parientes y amigos.

A la mañana siguiente de la llegada de los fugitivos, un destacamento de tropas enviadas desde Burdeos, se presentó en Bac Ambes.



No tenían sino el tiempo necesario para ganar el campo y dirigirse á San Emilion, al mismo tiempo que ellos, y siguiendo sus huellas, cincuenta jinetes, corrían á todo galope. El padre de Guadet es arrestado y puesto con guardias de vista. Felizmente los girondinos habían encontrado otro asilo en casa de una cuñada de Guadet. Era este un subterráneo, comunicado por un lado con las cuevas ó sótanos de la casa, y por el otro con un pozo de treinta pies de profundidad. Allí los fugitivos se hallaban relativamente en seguridad; pero siempre espuestos á morir de ham-

bre. En efecto, en vista de la necesidad en que se hallaba el país, las municipalidades fijaron los alimentos, y si hubieran pedido ración suplementaria, hubiera sido descubrir la presencia de unos huéspedes. Fué, pues, preciso dividir la ración de una sola persona entre ocho, y gracias cuando por casualidad, se encontraba alguna fruta ó algún pollo que pudiera comprarse en secreto, y sin embargo la alegría sazónaba estas tristes comidas y mostraba á los fugitivos la abundancia en un mejor porvenir.

Sin embargo, llegó un día en que fué preciso separarse.



Iglesia y campanario de San Emilion.

Una imprudencia había denunciado su presencia en San Emilion.

El 12 de noviembre, el mismo día en que madame Roland, subía al cadalso, los siete amigos se dispersaron en el campo, pidiendo á la amistad un asilo que les negaba el miedo. Dos de ellos abandonaron definitivamente á sus compañeros. Valady se dirigió á España, y Louvet se volvió á París. El primero marchaba á la muerte; el segun-

do debió únicamente el escaparse arrojándose en la garganta del león, á la muerte que aguardaba á los últimos girondinos. La noche siguiente se encontraban los amigos ya, reducidos á cinco, en un nuevo asilo que un pobre hombre llamado Trocart, les había preparado en San Emilion.

Los fugitivos gozaban de algún descanso; empero la noticia de la muerte de sus amigos de París y de madame